

***El odio a la democracia (Las razones de un odio-Conclusión)***

El “gobierno de cualquiera” está condenado al odio interminable de todos aquellos que tienen que presentar títulos para gobernar a los humanos: nacimiento, riqueza o ciencia. Lo es hoy más radicalmente que nunca, porque el poder social de la riqueza ya no tolera trabas a su crecimiento ilimitado y porque sus resortes se articulan cada día más estrechamente con los de la acción estatal. La seudo constitución europea lo testimonia por la negativa: ya no estamos en la hora de las eruditas construcciones jurídicas destinadas a inscribir el irreductible ‘poder del pueblo’ en las constituciones oligárquicas. Esta figura de *lo político* y de la *ciencia política* está hoy detrás de nosotros. Poder estatal y poder de la riqueza se conjugan tendenciosamente en una sola y misma gestión erudita de los flujos de dinero y de poblaciones. Juntos, se afanan en reducir los espacios de la política. Pero reducir estos espacios, borrar el intolerable e indispensable fundamento de lo político en el “gobierno de cualquiera”, es abrir otro campo de batalla, es ver resurgir los poderes del nacimiento y de la filiación bajo una figura nueva y radicalizada. No ya el poder de las monarquías y aristocracias antiguas, sino el de los pueblos de Dios. Este poder puede afirmarse al desnudo en el terror ejercido por el islamismo radical contra una democracia identificada con los Estados oligárquicos de derecho. Puede apoyar al Estado oligárquico en guerra contra ese terror, en nombre de una democracia que los evangelistas norteamericanos asimilan a la libertad de los padres de familia obedientes a los mandamientos de la Biblia y armados para la defensa de su propiedad. Puede afirmarse entre nosotros como la salvaguarda, contra la perversión democrática, de un principio de filiación que algunos dejan indeterminada en su generalidad, pero que otros identifican sin mayores miramientos con la ley del pueblo informado de la palabra de Dios por Moisés.

Destrucción de la democracia en nombre del Corán, expansión guerrera de la democracia identificada con la puesta en práctica del Decálogo, odio a la democracia equiparada al asesinato del pastor divino. Todas estas figuras contemporáneas tienen al menos un mérito: a través del odio que manifiestan contra la democracia o en su nombre, y a través de las amalgamas a las que someten la noción de ella, nos obligan a reencontrar la potencia singular que le es propia. La democracia no es ni esa forma de gobierno que permite a la oligarquía reinar en nombre del pueblo, ni esa forma de sociedad regida por el poder de la mercancía. Es la acción que sin cesar arranca a los gobiernos oligárquicos el monopolio de la vida pública, y a la riqueza, la omnipotencia sobre las vidas. Es la potencia que debe batirse, hoy más que nunca, contra la confusión de estos poderes en una sola y misma ley de dominación. Recobrar la singularidad de la democracia es también tomar conciencia de su soledad. Durante mucho tiempo la exigencia democrática fue vehiculada o recubierta por la idea de una sociedad nueva cuyos elementos se hallarían formados en el propio seno de la sociedad actual. Esto es lo que significó “socialismo”: una visión de la historia según la cual las formas capitalistas de producción e intercambio representaban ya las condiciones materiales de una sociedad igualitaria y de su expansión mundial. Esta visión sustenta todavía hoy<sup>66</sup> la esperanza de un comunismo o de una democracia de multitudes: las formas cada vez más inmateriales de la producción capitalista, su concentración en el universo de la comunicación, formarían ya hoy una población nómada de “productores” de nuevo tipo: formarían una inteligencia colectiva, una potencia colectiva de pensamientos, afectos y movimientos de los cuerpos, apta para hacer estallar las barreras del imperio. Comprender lo que democracia significa es renunciar a esta fe. La inteligencia colectiva producida por un sistema de dominación nunca es otra cosa que la inteligencia de este sistema. La sociedad desigual no lleva en su flanco ninguna sociedad igual. La sociedad igual no es sino el conjunto de las relaciones igualitarias que se trazan aquí y ahora a través de actos singulares y precarios. La democracia está tan desnuda en su relación con el poder de la riqueza como con el poder de la filiación, que hoy viene a secundarlo o a

desafiarlo. No se funda en ninguna naturaleza de las cosas ni está garantizada por ninguna forma institucional. No la acarrea ninguna necesidad histórica y ella misma no es vehículo de ninguna. Sólo se confía en la constancia de sus propios actos. Hay motivos para que la cosa dé miedo, y por lo tanto odio, en quienes están habituados a ejercer el magisterio del pensamiento. Pero en los que saben compartir con cualquiera el poder igual de la inteligencia puede suscitar, a la inversa, coraje y, por lo tanto, alegría.

Blogs de *memento*

[individuo y sociedad](#)

[cine negro](#)

[Más de memento](#)